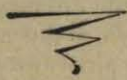


dustrial, y á ella pide la subordinación de todos los elementos; quiere que el fin sea la primordial causa, el único motivo de todo movimiento, la brújula de toda dirección; pide la ilustración no sólo de las personas que nosotros llamamos profesionistas, sino también de los industriales, de los artistas y de todos oficiales útiles á la república. Proclama la necesidad de hacer popular la ciencia en los artesanos, por la escuela, por la prensa y por todos los medios de ilustración. Si de una parte tenemos en la memoria la fructuosa práctica de los principios científicos de Balmes, y de otra contemplamos los progresos del pueblo alemán, del belga, del inglés y del americano del Norte, diremos que sus enseñanzas son aprovechadas más bien entre los pueblos expresados que en España y en las naciones latino-americanas.

Como un sol de gigantescos resplandores cayó sobre el océano del pasado siglo diecinueve, llamado de las luces, y con razón, pues como brotan flores en primavera y estrellas en una noche de estío, brotaron genios en todos los ramos del saber humano. Las flores se marchitan y caen, las estrellas se apagan ante el fulgor del sol, solamente los genios brillarán perdurablemente. Fué el siglo XIX el siglo del vapor, de los caminos de fierro, del pararrayos, del telégrafo, del fonógrafo y de la electricidad. Descubrámonos con respeto ante sus inventores. Santos astros del progreso material. Mas así como no son las estrellas mayores las que son visibles á nuestros ojos, sino las que se encumbran en regiones superiores, del mismo modo los mayores ingenios de la humanidad no son los inventores de las ciencias físicas, sino los que existen en las regiones más altas de la Filosofía y de la Teología, proyectando su luz purísima á los bellos alcázares de la inmortalidad. Y allí reposa Balmes recibiendo la apoteosis de este siglo; las alabanzas de los pueblos latinos que forman hoy su grandiosa epopeya, y sobre todo, la guirnalda de inmortales rosas, con que España y la América adornan la fecha secular de su glorioso natalicio.

DIJE.



POESIA

con que se terminó la Velada Literaria que la Academia Filosófico-Teológica de Santo Tomás de Aquino dedicó á la memoria del Presb. Dr. D. Jaime Balmes, pronunciada por su autor el Sr. Presb. D. Angel Aranda.

¿En dónde, ¡oh numen! templará su lira,
En dónde beberá su fuego santo
El noble corazón que, si suspira
Al golpe del dolor, entona un canto
En cuyas notas retemblar se mira
Una gota amarguísima de llanto?
¿Que cuando canta de emoción, ardiente,
Lo grande, lo sublime, en cada nota
De la luz de la aurora hay un torrente
Que en las almas cayendo gota á gota,
Engolfarse las hace en un ambiente
De bienandanza y de ventura ignota?

.....
El pobre rabadán que en la alquería
Encuentra lo que ansiaran sus amores,
Para expresar su pena ó su alegría,
Tiene un símbolo fiel: silvestres flores:
En campos del saber, la musa mía
Es un humilde rabadán, Señores.
Mas, decid: de lo grande en la presencia,
¿Quién escapa de verse conmovido?
Ante el altar que religión y ciencia
A Balmes hoy levantan, yo he sentido
Olvidar mi ignorancia y mi impotencia,
Y á ofrecerle mis flores he venido.

I.

Sobre una roca inconvivable y dura
La mano del Señor fundó un palacio,
De tan raro primor en su hermosura,
Que semeja riquísimo topacio
Cuya vívida luz tanto fulgura
Que llega á los confines del espacio.
Es su interior de singular grandeza,
Y es lema de sus nobles moradores
La esperanza en la vida que se empieza
Donde acaba esta vida de dolores:

Sufrir, mucho sufrir con entereza
A cambio de venturas superiores.

Para ellos la vida es un camino
Que conduce á la patria verdadera,
Y el palacio en que están, es un divino,
Un seguro transporte, una litera,
En la que únicamente, el peregrino
Podrá llegar al término que espera.

Entrad al interior de ese santuario:
Todo es humilde y caridad indica
Un anciano veréis, depositario
Es de todo poder, amor predica,
Amor al poderoso y al precario,
Y es grande si amenaza ó si suplica.

Todos su voz acatan reverentes;
Bendice á todos, porque á todos ama,
Y con frases benévolas y ardientes
A entrar en su palacio á todos llama,
Y con ansias gigantes y crecientes,
Ganar á todos para Dios reclama.

A todas partes de la tierra envía
Emisarios que amantes y celosos,
Sin temer los peligros, á porfía,
De la verdad los rayos luminosos
Hagan brillar del norte al mediodía
Y del orto al ocaso, presurosos.

II.

El demonio, maligno y envidioso
No pudiendo sufrir que el bien se hiciera,
Frente á dicho palacio majestuoso
Levantar pretendió con saña artera
Un edificio, al parecer grandioso,
Y que un remedo del primero fuera.

Lo llenó de esplendor y de fulgores,
Y puso en cada almena un pregonero
Que el espacio atronara con clamores,
Sin cesar anunciando al mundo entero
Que ellos eran los nuevos salvadores
En nombre del Señor, Dios verdadero;

Que son los agraciados que en las manos
Tienen las llaves para abrir el cielo;
Y llamando á los hombres sus hermanos
Les ofrecen la dicha y el consuelo
Que otros hombres, infames y tiranos,
Les arrebatan con mentido celo.

Peró, llegad al interior maldito
Del alcázar soberbio y fastüoso:
Se oye aquí una blasfemia y allá un grito;
Acá un desenfrenado voluptuoso
Con ansias de diabólico precito
Veréis que gesticula presuntuoso:

Es el Señor, el fundador potente
De ese asilo del bien, de esa morada
De apóstoles ingenuos que en la frente
Llevan, á su pesar, muy bien grabada
La señal de su amor vivo y ardiente
A la virtud por su Señor fundada.

Tienden sus redes por doquier, ansiando
A costa de oro conseguir secuaces,
Que sigan ardorosos pregonando
Que la verdad y la virtud ¡mendaces!
Tan sólo ellos anuncian; y engañando,
A muchos logren atraer audaces.

III.

Del pie de aquella roca inconvivable
Que es del regio palacio fundamento,
Nace blando arroyuelo que apacible,
En sus ondas retrata el firmamento,
Y mano inteligente, aunque invisible,
Dirección da á su curso y movimiento.

Del alcázar del mal va en derechura;
La mano inteligente allá encamina
El arroyuelo de la linfa pura:
¿Pero acaso una gota de agua mina
El portento genial de arquitectura
Que desafía la destrucción y ruina?

Llega al pie del alcázar maldecido,
Y con furia de recios huracanes
Lo azota por doquier, enardecido
Con fuerza poderosa de volcanes,
Cual si acaso se hubieran convertido
Sus gotas en mil brazos de titanes.

Le roba su esplendor y su grandeza,
Y al rudo golpe de terrible amago
Deshace la soberbia fortaleza;
Y como huella de tan recio estrago
Deja un campo de ruinas y tristeza
En do nacen la ortiga y jaramago.

Y sigue lentamente el arroyuelo
Fertilidad y dichas prodigando,

Hasta que el astro rey con grato anhelo
Su curso pára, y amoroso y blando,
Le hace subir hasta llegar al cielo
Sus linfas en vapores transformando.

IV.

De la excelsa virtud aquel Santuario
Es la Iglesia que el mismo Dios fundara
Sobre asiento granítico: el Calvario.
Y aqueso alcázar que Luzbel alzara,
La secta protestante que, nefario,
Lutero en su demencia imaginara.

Y ese blando arroyuelo cristalino
Que la perfidia de Lutero inmundo
Azotó con furor de torbellino,
Es el humilde, el pensador profundo,
Es Balmes, el filósofo, el divino,
Gloria de España, admiración del mundo.

Y hoy que el saber á su saber levanta
Un altar que enaltezca su memoria,
Clamorosa la fama en himnos canta
Las páginas brillantes de su historia;
Y la envidia humillada ante su planta
Hace más resaltar su brillo y gloria.

.....
Y decid: de lo grande en lá presencia
¿Quién escapa de verse conmovido?
Ante el altar que religión y ciencia
A Balmes hoy consagran, yo he sentido
Olvidar mi ignorancia y mi impotencia,
Y á ofrecerle mis flores he venido.

León, agosto de 1910.



BX4705

.B3

162481

C4

FG

AUTOR

TITULO

El centenario de Balmes cele

162481

